

mente al equipo de los malayos una cesta ó una bolsa de entrelazado que se lleva á la espalda ó al brazo y que sirve para guardar las provisiones de boca, los avíos para encender fuego y también las cabezas cortadas (véanse los grabados de las págs. 600 y 601): esta cesta ó bolsa la encontramos también entre los formosanos y los orang sakeis de Malaca.

La particularidad más notable de la choza malaya es que está levantada sobre estacas, pudiendo asegurarse que el territorio malayo es el territorio en donde más dominan estas construcciones (véase el grabado de la pág. 608). Los malayos, los nikobares, los javaneses, los battas, los alfures, los dajakes y los tagalos, todos edifican sus cabañas sobre estacas no observándose más diferencia que en lo que atañe á la elevación de las mismas; es más, este sistema de construcción ha llegado á penetrar hasta en las residencias de los europeos, así por ejemplo en Padang, Sumatra, las casas de los europeos todas, con muy contadas excepciones, están construídas de madera y descansan sobre estacas de 1 á 2 metros de altura. En este concepto Bandjermassing ha sido no sin razón denominada la Venecia de Borneo como Palembang, cuya calle principal es el río Mousi, la Venecia de Sumatra. Pero el ejemplar más notable de este sistema de construcciones es la ciudad de Kilwaru, construída sobre estacas en medio del mar en un pequeño banco de arena entre Ceramlaut y Kissa; Kilwaru es un emporio del comercio de las Molucas y de Nueva Guinea.

A varias causas puede hoy atribuirse esta clase de construcciones, pero la más importante y primitiva, quizás la única, fué el deseo de ponerse á cubierto de los ataques de los hombres enemigos y de las fieras, y en corroboración de esto tenemos el hecho de que el número de aquéllas ha disminuído á medida que la seguridad pública ha ido aumentando. Antiguamente todas las cabañas de los milanos de Borneo, por ejemplo, estaban edificadas sobre estacas de madera dura á 12 metros de altura sobre el nivel del suelo sirviendo indudablemente de refugio contra enemigas agresiones; en la actualidad subsisten aún algunas de estas viviendas pero las que se han ido haciendo viejas ni han sido sustituidas por otras análogas ni reparadas, pues reinando como reinan ya en aquel territorio la paz y el orden, pueden sus habitantes dedicarse á sus habituales faenas sin temor á que los piratas les ataquen por mar y los dajakes cazadores de cabezas por tierra. Hoy en día que esos indígenas pueden recorrer libremente todos los ríos desde Redjang hasta Bintulu, sus viviendas han descendido hasta ponerse al nivel del suelo y á lo sumo se encuentra en ellas, como recuerdo de la antigua costumbre, un espacio libre de algunos pies de altura entre los cimientos y el suelo de bambú de las chozas, observándose esto principalmente en las provincias de las islas holandesas y españolas desde hace mucho completamente pacificadas. Los alfures paganos del interior de Ceram construyen todavía sobre estacas; en cambio sus compañeros de la costa asientan sus cabañas sobre el suelo como los más avanzados javaneses y balineses. Las construcciones sobre estacas están más prácticamente justificadas que en ningún otro punto en las costas del mar y junto á los grandes ríos, pues allí sirven de defensa contra las inundaciones y las formaciones pantanosas y facilitan, además, proporcionarse alimentos acuáticos. Wesenberg describe una de estas aldeas edificadas sobre estacas de proporciones bastante grandes emplazada en la costa de Mindanao junto á Puerto Isabela; las chozas de la misma eran de perchas de bambú y entrelazados del pro-

pio material, estaban cubiertas con hojas de maíz y de *Pandanus* y en parte aparecían cubiertas por los lados. Estas chozas, que durante la marea se elevan muy poco sobre el nivel del agua, están edificadas, para darles mayor estabilidad, las unas muy junto á las otras quedando sólo un callejón muy estrecho entre las filas de viviendas. Como la profundidad del agua no permite construir sobre estacas á mucha distancia de la orilla, la aldea es muy estrecha, pero en cambio es muy ancha y forma con la playa una línea paralela. La mayor parte de los malayos de la costa construyen sus chozas por este sistema en los terrenos bajos de la costa y de los grandes ríos y para pasar á tierra firme colocan troncos horizontales que hacen las veces de puente, lo cual puede explicarse por el deseo de ponerse á cubierto de las inundaciones. Los dajakes y los battas vecinos de los anteriores construyen sus viviendas sobre colinas, á pesar de lo cual sus chozas están á más altura de la superficie del suelo que las de los malayos. Los mismos chinwanes de Formosa que edifican con piedra esquitosa buscan preferentemente para sus residencias los montecillos de la selva; podría admitirse que antiguamente habitaran también junto á los ríos habiéndose luego retirado, en presencia de los ataques de los malayos, á las montañas en donde conservaron su sistema de construcción por más que ya no tuviera razón de ser; pero nos parece razón de más peso la que hace derivar la residencia en las colinas de la mayor seguridad que estos elevados sitios ofrecían. Cuando por la noche especialmente se retira de aquellas viviendas la escalera que á ellas conduce y que consiste en un tronco con ranuras á modo de peldaños, las chozas quedan tan bien defendidas contra las agresiones de las fieras y de los hombres que no disponen de grandes medios mecánicos como un castillo después de levantar el puente levadizo, lo cual es de importancia suma dada la bárbara costumbre allí practicada por los cortadores de cabezas. También es un medio de seguridad el hecho de que los caminos que á estas cabañas conducen no estén practicados en el suelo sino que consistan simplemente en troncos de árboles derribados. Una de las malas condiciones de las viviendas construídas sobre estacas es, en tiempo de sequedad, la porquería que por regla general se acumula en el suelo sobre el cual se levantan. Además cuando están emplazadas á una altura sobre el suelo de 6 á 12 metros, se balancean como «árboles azotados por el viento,» pues esos indígenas no conocen, al parecer, el sistema de reforzarlas con maderas diagonales: así lo pudo observar con sorpresa Wallace en los territorios del Sudeste de las Celebes en los cuales encontró muy averiadas por el viento Oeste del período de lluvias todas las chozas que se levantaban al rededor de Mamajam.

Las medidas de defensa y de seguridad en las construcciones de estacas son generales en todo el archipiélago. Junghuhn, hablando de los battas de Sumatra, dice que en todas partes procuran escoger los lugares más seguros con tal de que la seguridad vaya unida á la existencia de agua potable: muchos *kampongs* ó aldeas están situados en cumbres de montañas poco menos que inaccesibles, siendo preferidos á todos los sitios las pequeñas superficies que algunas veces forman las crestas de las cordilleras; cuando no pueden dar con ellas esos indígenas, fortifican sus residencias de la mejor manera posible. El viajero que acabamos de citar encontró casi todos los *kampongs* de las comarcas llanas del país de los battas cercados con altas empalizadas de bambú detrás de las cuales se alzan algunas garitas que son otros tantos puntos de acecho; que estas fortificaciones no fueron motivadas por la necesidad de

defenderse de los animales sino de los hombres demuéstralo el hecho de haber desaparecido en todos aquellos territorios en los cuales el gobierno holandés ha podido acabar con las incesantes guerras intestinas de estos pueblos. Entre los battas de Sumatra encontró Junghuhn verdaderas viviendas construídas en árboles: «estas viviendas están emplazadas en el punto en que el tronco se divide en ramas, de las cuales ha sido previamente cortada la del centro dejándose, en cambio, crecer las del rededor para que den sombra á la cabaña. Largas escaleras dan acceso á estas verdes mansiones aéreas desde las cuales contempla el batta con deleite su pequeño campo de *paddi* y de *jagon*.» Por lo demás, las chozas de los battas, incluso las más comunes, casi nunca descansan directamente sobre el suelo sino que están asentadas sobre estacas cuya altura varía entre 1 y 6 metros. Los ilongotes de Luzón construyen algunas veces sus miserables cabañas selváticas en la copa de un árbol; los materiales que en ellas entran son las hojas de la palmera nipa y de bambú y algunos troncos que sirven para reforzarlas. Como es natural, estas viviendas son de muy reducidas dimensiones, pero no por esto dejan de servir de residencia á toda una familia, cualquiera que sea el número de individuos que la compongan. Los orang sakeis también viven, según Daly, en parte sobre los árboles, pero exageran los que, como Langenhoff, suponen que los lubus de Sumatra únicamente viven en árboles, pues este exclusivismo dista mucho de ser cierto.

En el sistema de vida de estos pueblos la necesidad de la defensa es la que con más energía se deja sentir; según la descripción que de los ilongotes hace Schadenberg, construyen éstos sus rancherías ó aldeas de tal manera que lo mismo sirven para el ataque que para la defensa, eligiendo para su emplazamiento los puntos elevados desde los cuales pueden acechar perfectamente; pero como esto no basta para disipar su constante desconfianza rodean sus cabañas de cañas de bambú puntiagudas, clavan en el suelo estacas terminadas en punta y colocan en todas partes trampas, de tal suerte que cuando un amigo va á visitarles ha de orientarse desde larga distancia á fin de poder sortear los distintos obstáculos que á su paso se oponen y hacer posible la visita. «Lo mismo de día que de noche — dice Schadenberg — tienen puestos centinelas, de modo que es casi imposible que sean víctimas de una sorpresa. Gracias á esto cuando un destacamento de tropas españolas se dirige á alguna de estas aldeas, cosa que con frecuencia sucede, para apoderarse de algún malhechor fugitivo, los ilongotes tienen muy anticipadamente noticia de su llegada y si no les parece bien entregar al criminal será en vano cuanto se haga para rescatarlo, pues se ocultan de tal modo en la selva que desde sus escondrijos pueden causar gran daño á los soldados sin que las balas de éstos puedan alcanzarles. En este caso no queda más recurso que pegar fuego á sus cabañas, lo cual de nada sirve pues apenas las tropas se han retirado quedan las chozas reconstruídas en menos de un día.» Es indudable que dado el modo de ser de estos pueblos constituye un gran paso en la senda de la civilización haberlos traído de sus fuertes residencias del monte y de la selva hacia la llanura, á lo que siempre han tendido los esfuerzos de los funcionarios y misioneros ilustrados así españoles como holandeses. Pero la repugnancia que estas tribus sentían hacia los territorios bajos era tal que no sólo no habitaban ellos en las costas sino que no toleraban que se estableciesen en ellas los negritos.

El estilo de construcción de los malayos está á menudo caracterizado por la forma abrupta y prolongada hasta muy cerca de la base de la cabaña que afecta el techo, cuya al-

tura es á menudo de 15 metros: en las chozas de los alfures el techo descende, por la parte trasera, hasta el suelo y en el espacio intermedio entre él y la pared de la cabaña hay el hogar. El perímetro de las casas, chozas y almacenes de los malayos es casi siempre rectangular ó cuadrado; las construcciones de base circular escasean aquí tanto como abundan en Africa; en Timor hay chozas ovaladas con techos cónicos, en Tabello las hay octogonales y en Nikobar la forma general es la de cúpula con la construcción inferior de estacas angulosa: esta forma casi siempre rectangular ó cuadrada hace que el techo generalmente abrupto sea un verdadero piñón. Las paredes no son, por lo común, completamente perpendiculares sino que están un tanto inclinadas hacia afuera. El material que generalmente se emplea para los techos son las hojas de palmera; las casas elegantes, como las dependencias de las viviendas de príncipes, tienen con frecuencia las paredes hechas con hojas de palma delicadamente entrelazadas. Las puntas de los techos ostentan cabezas de búfalo de madera esculpida y otros símbolos ó caricaturas ó bien cuelgan de ellas unas tablas escritas que sirven de amuletos. En los puntos elevados muy á menudo azotados por los vientos colócanse sobre las techumbres algunas perchas que evitan que el aire los arranque.

La disposición interior de las chozas provistas todas sin excepción de altas y anchas puertas de entrada, varía según el grado de cultura que exige mayor ó menor número y más ó menos variedad de utensilios: otras diferencias nacen del hecho de haber viviendas aisladas y viviendas comunes para una serie de familias y del hecho de que en estas últimas las familias ó viven en espacios separados ó todas juntas en uno solo. Así entre los dajakes, por ejemplo, es característica la llamada casa larga ó casa aldea que mide 80 metros de longitud y en la cual habitan 30 ó 40 familias en espacios contiguos pero separados; entre los battas viven á lo sumo en una casa grande 4 ó 6 familias confundidas todas en una sola pieza. Estos últimos no conocen la distinción entre el gabinete para las mujeres y las demás habitaciones que es peculiar de los primeros, y que sólo en embrión encontramos entre los atchinos mahometanos cuyas viviendas construídas con planchas de madera y cubiertas de hojas de la palmera ata tienen generalmente una forma cuadrada prolongada y únicamente contienen lo indispensable necesario para guisar, un par de pucheros y calderas, algunas esteras en que descansar el cuerpo durante el día y un dormitorio, separado del resto de la choza por una asquerosa cortina (*tabir*), que entre las familias acomodadas hace también las veces de gabinete para las mujeres. Los battas, por lo menos los de Tobah, construyen más sólidamente que los dajakes empleando como materiales maderas duras y grandes tablas; además ponen en sus construcciones mayor cuidado y más arte adornando sus casas con esculturas y pinturas abigarradas: entre estos indígenas es característica la construcción del edificio anexo á la choza cuya parte superior está destinada á guardar el arroz sirviendo la inferior de estancia durante el día y en algunas familias de dormitorio y de sala de reunión. En las fachadas estrechas de las altísimas cabañas battas hay miradores. Los battas construyen con mucho cuidado con el propósito de que la casa se mantenga de pie hasta que los niños hayan llegado á la pubertad. Las colosales dimensiones de los bambúes que crecen en el país de los dajakes y que constituyen el único material con que éstos construyen sus grandes casas facilitan en alto grado la edificación en este pueblo. En todo el archipiélago las casas de tablas se consideran mejores que las de bambú.



En los siguientes términos describe Schadenberg la sencilla instalación de una choza ilongote: «Hay en la cabaña un sitio reservado para cocina en donde estos indígenas forman con piedras una especie de hogar en el cual cuecen el arroz puesto en un bambú verde. Cuelgan del techo cestas y quijadas de cerdo y de ciervo que constituyen los adornos de estas miserables viviendas. Los ilongotes duermen sobre pieles de ciervo y ni la fétida atmósfera que los rodea ni los centenares de ratones y millares de grandes escarabajos (*blatta*) que por allí pululan son bastantes á turbar su sueño. Un gran cacharro de arcilla sirve de depósito de agua y allí donde no le hay hace sus veces un gran bambú perforado en toda su longitud hasta el último nudo que sirve de suelo.» Estas vasijas de bambú son de uso general entre los battas: por el número de las mismas que pueden



Una casa de Sumatra (según Veth) Véase pág. 616

llevar de la fuente á la choza se mide la estatura y la robustez de las muchachas. Más rico y habitable era el palacio de un caudillo moro á quien visitó Wessenberg en la costa de Mindanao: exteriormente esta vivienda sólo por su mayor perímetro y altura se distinguía de las de los súbditos; el interior no estaba dividido en compartimientos por medio de tabiques, á pesar de lo cual cada sitio parecía tener su oportuno destino. En un rincón había esteras y almohadas que indicaban que era aquel el lugar destinado á dormitorio; en otro estaban sentadas varias mujeres y muchachas ocupadas en descascarar frutas; había en otro redes, anzuelos y demás avíos de pescar y de las paredes pendían lanzas y kris, estando el espacio del centro destinado á sala de recibo. Conocíase la influencia de la civilización por la presencia de algunos escabeles sin respaldo hechos con entrelazado de bambú que parecían reservados únicamente á los extranjeros, pues los moros se sentaban con las piernas cruzadas en el suelo hecho con perchas de bambú. Bock encontró entre los dajakes mesas construidas con entrelazado de bambú.

Si penetramos en una choza dajake, veremos que el menaje, pobre también, se compone de un par de esteras, de pucheros y de algunos otros utensilios agrupados alrededor del hogar que está colocado á un lado de la puerta de entrada; en las paredes se ve reflejado el carácter guerrero de

este pueblo, pues de ellas cuelgan mandaus, lanzas, cerbatanas, escudos y los remos que nunca dejan los dajakes en las embarcaciones. La disposición interior de estas chozas está completada por tabiques de bambú dispuestos de modo que uno longitudinal separa la vivienda común, que es al propio tiempo dormitorio de los jóvenes y de los hombres solteros, del resto de la choza subdividido en tantos espacios cuantos son los individuos de la familia casados y las muchachas. Delante de la puerta de la habitación hay una plataforma ó si se quiere un balcón. La luz no penetra generalmente en estas chozas más que por los intersticios que entre sí dejan los bambúes de las paredes. Por regla general estos indígenas no encienden luz durante la noche por miedo, entre otras cosas, de servir de blanco á las flechas de sus enemigos; si necesitan alumbrarse queman resina con la que fabrican luengos cirios. Entre los vicos les encontramos lámparas primitivas consistentes en grandes conchas con mechas de junco; los dajakes usan antorchas de resina y entre los tobah battas no se emplean, según afirmación de Hagen, otras luces que el fuego del hogar y las lamparillas de opio. Al sistema de encender el fuego frotando dos maderas han sustituido las tribus civilizadas el de la piedra y la yesca; en Ternate se enciende fuego haciendo saltar chispas de una astilla de bambú por medio de un pedazo de porcelana y dirigiéndolas á una mecha.

No sólo los malayos acuáticos pasan la mayor parte de su vida en el movable elemento sino que, además, junto á las construcciones asentadas sobre estacas en los puntos más poblados del archipiélago hay armadías amarradas pobladas constantemente, costumbre seguramente introducida por los chinos y rápidamente arraigada entre los malayos: éstos viven á menudo meses enteros con todos sus allegados en las balsas que lentamente se deslizan por los ríos de mansa corriente conduciendo á las plazas mercantiles el excedente de las cosechas de arroz, sagú y roten. Palembang

tiene todo un arrabal de armadías.

La situación de las aldeas varía según el grado y la clase de cultura: los nómadas selváticos y los mismos tagalos tienen gran afición á las viviendas aisladas, naciendo de aquí la diferencia entre la aldea ó ranchería y lo que en Filipinas se llama barrio.

Ya hemos hablado antes de la gran repugnancia que sienten los nómadas del bosque á vivir en las llanuras, observándose esto así entre los negritos y los ilongotes de Luzón como entre los lubus de Sumatra. Los battas con su cultivo en bancales tan desarrollado permanecen en las montañas más fácilmente que los dajakes con su afición á cambiar cada dos años de residencia. Aun en los distritos pequeños son distintos los emplazamientos de cada aldea: en los territorios de Sindang y de Roepit (Sumatra central) las regiones habitadas se encuentran al pie de las colinas ó en las montañas; en cambio en el alto Rawa y en sus afluentes el terreno está completamente inhabitado. Los tagalos edifican casi únicamente junto al agua (su nombre significa habitantes acuáticos), al paso que las tribus vecinas sólo se encuentran bien en los montes. Desde que la administración europea se ha extendido por casi todos los territorios del archipiélago, las poblaciones han aumentado considerablemente en número y dimensiones. Los malayos marítimos y los bugis han dotado de una densa población

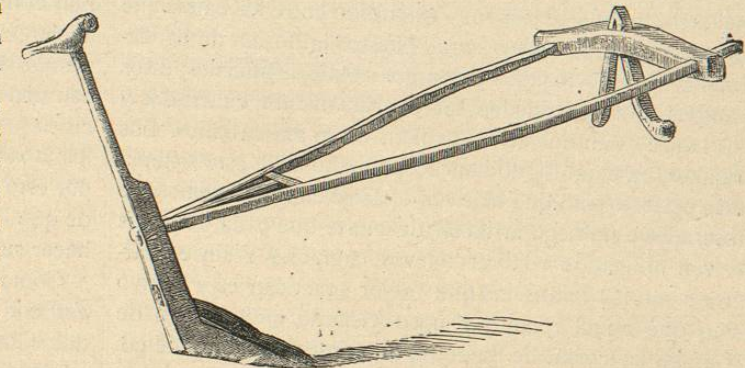
colonial á los territorios de las costas y á los de las comarcas bajas con preferencia á otros.

Las dimensiones ó por mejor decir la extensión de las aldeas no está en proporción con el número de habitantes de las mismas. La preponderancia de la agricultura no permite la existencia de grandes poblaciones, teniendo las más de las veces anejo cada casa un gran trozo de terreno, lo cual hace que entre una y otra choza medie un ancho espacio. De aquí que en una aldea no muy grande, como Padang, haya que andar de 1 á 5 kilómetros para recorrer desde el punto de desembarque hasta las últimas viviendas. El kampong batta de Sibaribuan que sólo tiene 24 casas, posee gracias á esto un perímetro cercado de media hora. Por la misma razón están muy separadas entre sí las aldeas igorotes: Hans Meyer no vió ninguna que tuviera más de 250 habitantes y cuando alguna excede de esta cifra se fracciona. La aldea mayor de los modang-dajakes, Long Wai, se compone únicamente de algunas casas. Entre los pepos de Formosa son calificadas de aldeas grandes las que poseen 2 ó 300 casas, mencionando Hagen un kampong batta que sólo contaba 20 cabañas. En Lebong, comarca del interior de Sumatra perfectamente cultivada y muy poblada relativamente, contó Veth 31 aldeas grandes y pequeñas con una población total de 4,000 habitantes, correspondiendo, por ende, á cada una de ellas 130: esto nos permite formarnos una idea bastante exacta de la magnitud media de las residencias de esos territorios. En las ciudades en donde los europeos no fomentaron los intereses de la higiene, predominó el sistema de aglomeración que caracteriza á los chinos y á los naturales de la India posterior. «No acierta uno á explicarse—dice Wessenberg hablando de Puerto Isabela—por qué los hombres se amontonan de tal suerte cuando tienen espacio suficiente para extenderse diez veces más alrededor de la ciudad.» Y Veth escribe refiriéndose á Surakarta: «Es sorprendente el aspecto que ofrecen las calles: mientras unas parecen desiertas, en otras se nota una animación extraordinaria viéndose sus aceras ocupadas por comerciantes de ambos sexos que guarecidos bajo sus toldos y parasoles ofrecen á los transeúntes vestidos, utensilios de cobre, legumbres, frutas, bebidas y manjares.»

Las casas comunes sirven muchas veces de dormitorios á los hombres solteros; en ellas cuelgan también las cabezas de los decapitados y otros trofeos que en los pueblos cristianos vemos sustituidos por mazorca de maíz, cabezas de buey, etc. Estas casas, en las cuales se celebran las fiestas, están asentadas generalmente sobre estacas así en Formosa como en Ceram y Sumatra y carecen de paredes ó las tienen caladas: en ellas pueden dormir hasta 100 personas. En estas viviendas están colgados también los tambores de alarma y delante de ellas hay, en Ceram, una piedra redonda sobre la que descansar la cabeza de algún enemigo decapitado hasta llegar el momento de colgarla en el *baileo*. Los misioneros se esfuerzan, aunque en vano, para que desaparezcan estas chozas comunes que á menudo se levantan al lado de los templos cristianos. En algunos puntos de Sumatra, por ejemplo en el alto Gumanti, todas las aldeas de cierta importancia tienen un *balei* (el *baileo* de los alfares) especie de casa comunal en donde se reúnen los notables para tratar de los asuntos de la aldea y en donde pueden pernoctar los viajeros: algunas de ellas están adornadas con ricas esculturas. En estos mismos territorios delante de cada casa de las personas notables hay el llamado cobertizo tabú adornado también con ricas esculturas y de

cuyo techo pende un *tamtam* que en Sumatra se denomina tabú y que se toca con motivo de fiestas, accidentes desgraciados, etc. En la parte occidental de Borneo, esta casa de reunión en la que duermen los jóvenes tiene la forma circular con el hogar en el centro extraña al estilo malayo. Con estos edificios, á menudo importantes artísticamente considerados, que acusan cierto sentimiento artístico bien que no del todo perfeccionado, contrastan las chozas que habitan los moros de Mindanao, por ejemplo, y que no parecen del todo repugnantes gracias á sus magníficos alrededores.

La agricultura de todas las tribus malayas tiene por principal objetivo el arroz después del cual viene, en grandes territorios como Filipinas, con casi igual importancia el maíz cuyo cultivo fué introducido posteriormente. La ganadería, en los puntos donde existe, está íntimamente enlazada con el cultivo del arroz, puesto que los búfalos sirven en gran parte para el laboreo de los arrozales. Aun en los



Un arado de los triamanes de Sumatra (Museo Etnográfico, Dresde) Véase pág. 610

terrenos escasamente cultivados, como por ejemplo en el valle del Batang Hari (Sumatra central), no dejan de encontrarse campos de arroz en las tierras bajas y pantanosas; en otros puntos se cultiva el arroz de montaña en los terrenos de secano, tal sucede entre los ilongotes de Luzón que, aparte de este fruto, no comen más que maíz y raíces comestibles. A estas comarcas han acudido los mismos lubus nómadas de Sumatra para cultivar el maíz y el arroz. En la parte oriental del archipiélago malayo el sagú toma una importancia creciente desde Borneo en donde empieza su cultivo hasta las Molucas, islas vecinas de éstas y Nueva Guinea en donde como fruto principal reemplaza al arroz. Después del cultivo del arroz y del maíz es quizás el más extendido el del tabaco que encontramos así en el corazón de Borneo como entre las salvajes tribus montañosas del Norte de Luzón. La palmera de azúcar (*Arenga*), la caña de azúcar, el plátano, el caladio, la batata y la tapioca son también objeto de extenso cultivo. Como alimento la batata viene inmediatamente después del arroz. Las palmeras, los papayeros, los durianes y otros árboles frutales hacen de las aldeas de los territorios cultivados de Java, Sumatra y Celebes comarcas productivas tal como las describe Ibis en el país de los pepos de Formosa, es decir, frondosos huertos á donde se han retirado los hombres que buscan en ellos sombra y frescura. «Las palmeras arekas, los papayeros, los plátanos, los gigantes banyanos, los mangos y otros árboles frutales rivalizan en estas comarcas en espesura y tamaño ora formando espléndidos grupos entre las casas, ora extendiéndose sobre ellas en forma de bóveda, ora perdiéndose de vista en el espacio. Al rededor de la aldea corre un paseo de colosales bambúes que sobresalen por encima de todos los demás árboles.»